

Guerras y Estados

Colin Creighton y Martin Shaw (eds.):
The Sociology of war and peace.
Londres, Macmillan Press, 1987

Anthony Giddens: *The nation-state and violence.* Cambridge, Polity, 1985

Michael Mann: *States, war and capitalism.* Oxford, Basil Blackwell, 1988

En los últimos años empiezan a ser numerosas las obras dedicadas a la interpretación de las causas que han conducido a vivir en un mundo condicionado por la proliferación de las armas de destrucción masiva. En esta tarea sobresale sin duda el esfuerzo de muchos investigadores británicos, no siendo ajeno a esto, como algunos de ellos reconocen, el hecho de que sea Gran Bretaña uno de los países con mayor arraigo del movimiento pacifista.

Dentro del propósito de establecer, como su título sugiere, una sociología de la guerra y de la paz, la obra editada por Creighton y Shaw tiene el mérito de ofrecer una variedad de contribuciones destinadas a intentar comprender las características del militarismo (entendido como «preparación para la guerra») y de la militarización (en tanto que expresión de la influencia creciente de la preparación para la guerra en la sociedad, relacionándolos con la evolución de las sociedades y los Estados. Estructurada en tres partes, la primera incluye artículos de David Riches, John A. Hall (que ofrece un resumen de su obra *Poderes y libertades*, publicada en Península, Barcelona, 1988), Michael Mann y Paul Hoag, que resaltan la dimensión histórica de militarismo; la segunda ofrece análisis de casos específicos, como los de Sudáfrica, Israel, Gran Bretaña, estudiados por Mark Mitchell, Martin Shaw y Kath Price, entre otros; la tercera presenta, finalmente, dos trabajos sobre la composición social del movimiento Campaña por el Desarme Nuclear británico, en los que los autores polemizan abiertamente con interpretaciones hasta ahora clásicas, como la de Frank Parkin.

Si bien muchas de las conclusiones de esta obra colectiva están provocando fuertes polémicas¹, no cabe duda de que reflejan el interés por superar los enfoques tradicionales de la guerra y la paz, heredados del marxismo clásico y del liberalismo del siglo XIX. La superación de éstos dentro de su relación mutua y de la importancia histórica alcanzada por la violencia externa son quizá los ejemplos más evidentes de su utilidad para intentar comprender por qué se puede llegar a una nueva guerra de carácter total o, más concretamente, por qué se dan casos tan singulares como los de Israel o Sudáfrica.

Dentro de preocupaciones muy similares, Anthony Giddens nos ofrece en su segundo volumen de *A Contemporary Critique of Historical Materialism* un ensayo de interpretación histórico-genética del militarismo y las guerras. Si bien sus raíces se establecen en los orígenes de la humanidad, el sociólogo inglés pone el acento en el cambio fundamental producido por la formación de los Estados modernos a partir del

siglo XV y en la dinámica competitiva que se produce entre ellos. Este proceso entraría luego en relación con el desarrollo del capitalismo y la industrialización de los ejércitos y las guerras, permitiendo así entender por qué se ha llegado a consolidar un orden militar mundial, basado en el mantenimiento de una dinámica competitiva entre los Estados o coaliciones de Estados.

Giddens acompaña a este recorrido histórico un estudio de la interacción entre los procesos de pacificación interna de los Estados y la expansión de su violencia externa, apoyándose para ello en aportaciones de diferentes autores, como Cipolla, Hintze, Sombart o Foucault. Como se puede ver, se trata de un esfuerzo teórico que tiene que ver con el propósito más general de Giddens de establecer una nueva teoría social que sea a la vez síntesis de enfoques muy diversos. La parte final de esta obra concluye además con la doble propuesta de una teoría política normativa de la violencia y de una Teoría Crítica postmarxista, que sin duda aparecerá más explicitada en un volumen de inminente publicación².

En la obra de Mann se puede observar también, pese a adoptar una metodología muy distinta a la de Giddens, aportaciones coincidentes con éste en los aspectos fundamentales del militarismo y las guerras. Así, frente al marxismo tradicional y al liberalismo, se reivindica la eficacia de la geopolítica y se reconocen contribuciones procedentes del estudio de las relaciones internacionales, como las de Raymond Aron. El estudio histórico de Mann, vinculado a su nuevo enfoque sobre los orígenes del poder social³, se dirige a restablecer la importancia del poder militar y de las tendencias seculares del militarismo (entendido éste como «una actitud y una serie de instituciones que consideran la guerra y la preparación para la guerra como una actividad social normal y deseable»). Partiendo de esta visión, se puede entender, asegura el autor, las raíces profundas del militarismo y su posterior transformación bajo la influencia del capitalismo, del sistema interestatal y de la aparición del «socialismo real», inmerso también en ese proceso.

Mann sugiere también que la era nuclear ha significado una culminación de los avances logrados desde la formación de los Estados modernos y las guerras «ciudadanas», dando a su vez un salto cualitativo que explicaría la irracionalidad final de las armas nucleares pero, al mismo tiempo, su racionalidad instrumental para la continuidad de formas más sofisticadas de militarismo en la sociedad internacional contemporánea.

Como podrán comprobar los lectores de estas obras, el especial interés que tienen para sociólogos y politólogos consiste en el estímulo que pueden suponer para comprender la dialéctica entre la sociedad y el Estado «nacionales» dentro de una dimensión, la militar, y de una interdependencia creciente con otras sociedades y Estados, normalmente poco valoradas en las ciencias sociales de nuestro entorno.

Jaime Pastor

NOTAS

¹ Me refiero, por ejemplo, al debate surgido en *The British Journal of Sociology* entre Roger Scruton, Martin Shaw y Anthony Flew (vol. XXXVIII, 3 de septiembre de 1987, y vol. XXXIX, 4 de diciembre de 1988).

² Se trata del tercer volumen de *A Contemporary Critique of Historical Materialism*, titulado *Between Capitalism and Socialism*. Vid. GIDDENS, A.: «Estados nacionales y violencia», en *Debats*, n.º 14, diciembre de 1985; también WRIGHT, E. O.: «La crítica de Giddens al marxismo», en *Zona Abierta*, n.º 31, abril-junio de 1984, y PICÓ, Josep: «Anthony Giddens y la teoría social», en *Zona Abierta*, núms. 39-40, abril-septiembre de 1986.

³ MANN, Michael: *The Sources of Social Power*. Cambridge, Cambridge Univ., 1986, vol. I. Vid. una crítica de este enfoque en WICKHAM, Chris: «Historical Materialism, Historical Sociology», en *New Left Review*, n.º 171, septiembre-octubre de 1988.

La distinción. Crítica social del juicio

P. Bourdieu.
Madrid, Editorial Taurus, 1988

La traducción de *La distinción* constituye un acontecimiento del que —por razones múltiples— sólo puede uno felicitarse. Obviamente los nueve años que separan la versión castellana de la publicación del original hace que se celebre con satisfacción; se empieza así a rellenar un vacío importante ya que, al quedar sin traducir *La distinction* (1979) y *Le sens pratique* (1980), se había abierto una lamentable discontinuidad en la difusión de la obra de Bourdieu. Pero además de contribuir a colmar esta carencia, esta traducción pone al alcance del público español una obra que aúna, en un mismo texto, el interés teórico y metodológico con el tratamiento monográfico de un tema, los «estilos de vida», que pertenece al mundo de lo cotidiano y que no suele ser objeto de un análisis sistemático, a la vez que retoma, en una línea de argumentación mucho más amplia, los resultados globales de varias obras anteriores. *La distinción* permite conocer la «teoría de la práctica» de Bourdieu a medida que va progresando el discurso y la construcción del objeto.

Empezaré indicando que un mérito de *La distinción* es que su lectura no plantea excesivos problemas. Junto al texto original propiamente dicho, a ello contribuye indudablemente una traducción que, considerada en conjunto, se puede calificar de correcta y cuidada, aunque no falten a veces errores e interpretaciones equivocadas que dificultan en ocasiones la comprensión. No obstante, el lector buen conocedor del francés añora la riqueza del texto original; el que los modismos del habla popular queden muy desdibujados parece casi inevitable; más lamentable es que muchos juegos de palabras y repeticiones del mismo vocablo (tan característicos del estilo del autor y cuya importancia radica en su valor sugestivo y en el hecho de que ponen en valor los matices y contenidos varios que vehiculamos al hacer uso de sus posibilidades polisémicas) son a menudo difíciles de traducir; pero quizá lo que el sociólogo previamente familiarizado con la obra de Bourdieu echa más en falta es una mayor atención a vocablos como «*dénégation*», «*méconnaissance*» y «*reconnaissance*» (lo cual no se puede confundir con «*repérage*»), «*flou*», «*investissement*» y «*desinvestissement*», etc. y sobre todo a términos como «*enjeu*» o «*schème*» (que conviene distinguir de la palabra «*schéma*» que también se encuentra en el texto en otros contextos) que, sin ser «conceptos», básicos del aparato sociológico del autor (equiparables con los términos «*habitus*», «*estrategia*», o «*campo*», etc.), no dejan de ocupar un lugar particular en su desarrollo.

Uno de los atractivos más directos y generales de la obra radica obviamente en su objeto mismo: el gusto o, dicho de otro modo, el juicio del gusto. Tomando como punto de partida las conductas más características de *La distinción*, como son las que se manifiestan en el conocimiento y el gusto por las obras de arte y de música, Bourdieu emprende una empresa sistemática de desmitificación de la «*estética legítima*», aquella que define la cultura dominante, y en los términos en los que ésta

lo hace. En pocas palabras, se trata de romper con la *amnesia* cultural y socialmente entretenida que, al separar la constitución de dicha estética de sus *condiciones de producción*, permite *naturalizarla*, presentándola como si fuera pura emanación de una «*esencia*».

Además de un pequeño anexo explícitamente dedicado a unas «*Reflexiones sobre el método*», el lector encuentra al hilo del análisis, indicaciones, sugerencias, y sobre todo, advertencias, etc. que, prolongando y ampliando las condensadas en la ya antigua obra colectiva *El oficio del sociólogo* convierten *la distinción* en un manual práctico de la «vigilancia epistemológica» bachelardiana.

La cantidad e importancia de las observaciones metodológicas guardan estrecha relación con la magnitud del aparato estadístico utilizado en el conjunto de la obra; con el hecho de que una gran parte de dichos datos sea de segunda mano (encuestas nacionales sobre temas de actualidad); con la especial eficacia que la sociología empírica suele atribuir a los datos cuantitativos; con la utilización que se hace corrientemente de ellos en la conformación de la opinión pública; y, frente a todo ello, con las numerosas y variadas reservas del propio autor con respecto a su alcance y validez.

Aunque resumir en pocas líneas las cuestiones metodológicas debatidas resulte inevitablemente empobrecedor, destacaré dos grupos de ideas, estrechamente ligadas entre sí, sobre las que el autor vuelve de forma reiterada a lo largo de toda la obra: las que resaltan la necesidad de someter a crítica los criterios de clasificación y aquellas que enfatizan la necesidad de romper con el «*pensamiento lineal*».

Recuerda que los distintos grupos sociales no dan el mismo significado a los indicadores utilizados a fines estadísticos o que, de hacerlo, no les atribuyen el mismo valor. De una manera más general aún, denuncia la *constancia de los productos*, implícita en la identidad nominal, y destaca la diversidad de los *usos sociales* que se hacen de ellos; expresado en otros términos, a la par que cuestiona el valor indicativo de las categorías estadísticas, Bourdieu reitera la conveniencia de desplazar la atención desde el *opus operatum* hacia el *modus operandi*.

Paralelamente, observa que el establecimiento de una correlación puede encubrir, tras la evidencia del resultado, la relación que es realmente pertinente; dos ejemplos, sacados de ámbitos de realidad distintos, el dominio de la «cultura legítima» y el interés por la política, bastarán aquí para ilustrar la cuestión. Con respecto al primero observa que la correlación existente entre el título escolar y el conocimiento de las obras artísticas (así como el gusto por un determinado tipo de las mismas) resultaría incomprensible (dado que se trata de conocimientos que no son objeto de una enseñanza escolar específica) si no fuera porque ambos hechos son productos de unas mismas condiciones de producción, es decir, que los sujetos pertenezcan a una clase que *proporciona* o que *imposibilita* la adquisición de ambas cosas a la vez. No ocurre otra cosa en el campo de lo político donde se observa una correlación entre el hecho de formular una «opinión» política en *términos políticos* (lo cual —muestra el autor— no debe ser confundido con el simple hecho de tener una opinión) y la posición social. Al mismo tiempo que señala la significación sociológica de las *no-respuestas* de los cuestionarios, a menudo despreciadas a nivel interpretativo (apunta que pueden funcionar como un «sistema censitario *méconnu*», no reconocido o identificado), Bourdieu subraya la necesidad de hacer la «*historia social*» de la noción de «opinión personal» sobre la que se basan los propios sondeos de opinión, desarticulando las condiciones (económicas y culturales) de producción que la posibilitan o la imposibilitan (aquellas que soslayan la disposición, social e históricamente constituida, de *hablar de política* o de *no hacerlo*), y de hacerlo en términos políticos o en términos éticos), así como las ideas con las que entronca: persona, individualismo, tolerancia, etcétera.

Más generalmente, se trata de controlar y de interrogarse sobre las «propiedades secundarias que se introducen así de contrabando en el modelo explicativo»¹. Se ve así reafirmada, ante problemas concretos, la obligación imperante (común, en principio, para todas las fases de la investigación) de reconstruir el sistema de relaciones subyacentes, de completar el análisis cuantitativo con el cualitativo y de interpretar los resultados de aquél a la luz de los de éste. De hecho, uno de los grandes atractivos de *La distinción* es precisamente la riqueza de dicho material. A través de expresiones múltiples y finas observaciones sobre la vida cotidiana cuya yuxtaposición y articulación hacen resurgir ante los ojos miles de pequeñas experiencias a las que no solemos prestar excesiva atención (de las que se cree a menudo que no hace falta hablar, o de las que no se sabe qué decir), Bourdieu ofrece, a la vez, unos sugestivos retratos costumbristas y apreciables temas de reflexión.

Aplicados estos principios a la definición de la «clase social» se impone pasar de las «propiedades», de la «substancia» a la «estructura» de la «clase» uni o bi-dimensional de la sociología empírica a la «clase construida», sustituyéndola por la «causalidad estructural de una red de factores»: «La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de propiedades (...) ni tampoco por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (...) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas»². La principal dificultad —observa— deriva del hecho de que la construcción teórica implica una ruptura tanto con el lenguaje como con la representación ordinarios del mundo social contenidos en expresiones admitidas indiscriminadamente, como «escala social», «movilidad social», «ascensión», «declive», etcétera.

La configuración del «espacio social», sus características, y los mecanismos por los que evoluciona definen el aparato teórico del que se vale luego el autor en el análisis de la distribución del gusto y de las prácticas distintivas. Como el mismo lo calificó en *Cosas dichas*, su «estructuralismo» es un estructuralismo, «genético», manifestando así que las prácticas y las opiniones no son transparentes en sí mismas, sino que se enmarcan en y son productos de las condiciones que las generan.

Bourdieu describe el espacio social, y por lo tanto las clases sociales y fracciones de clase que lo integran, a partir de tres dimensiones. La primera, el «volumen del capital», remite a las condiciones de existencia, es decir, al conjunto de los recursos (económicos, culturales y sociales) disponibles. Cada clase se define pues *relacionalmente* en función del lugar que ocupa en el conjunto de acuerdo con la distribución global de los distintos capitales; de este modo, el análisis de la práctica es inseparable del estudio de las relaciones de fuerza entre clases, de la «lucha de clases». La segunda, la «estructura del capital», la forma en la que se distribuyen los distintos capitales en el seno de cada clase, distingue a las fracciones entre sí. «Las diferentes clases (y fracciones de clase) se distribuyen así desde las que están mejor provistas simultáneamente de capital económico y de capital cultural hasta las que están más desprovistas en estos dos aspectos»³. En Francia, tanto la «clase dominante» como la «clase media», tienen una «estructura en quiasma». De una manera más general, el análisis enfatiza que, donde la cultura está desigualmente distribuida, la construcción del espacio social únicamente a partir de la posición en la estructura de producción es insuficiente. Especialmente significativa, desde este punto de vista, son las observaciones dedicadas a la nueva configuración a la que ha dado lugar la prolongación del ciclo escolar, la inflación de títulos, el aumento de su demanda en el mercado profesional, el crecimiento de la escolarización de las mujeres, etc. «Mientras que el sistema de fronte-

ras muy definidas hacia interiorizar unas divisiones escolares que claramente se correspondían con unas divisiones sociales, el sistema de clasificaciones vagas y confusas (las que producen el sistema escolar actual) favorece o consiente (...) unas aspiraciones a su vez vagas y confusas, al imponer, de manera menos estricta y también menos brutal que el sistema antiguo, simbolizado por el implacable rigor de la oposición, el ajuste de unos «niveles de aspiración» con unas barreras y unos niveles escolares»⁴.

Sin embargo, si bien la práctica —como lo demuestra con el análisis del gusto— está directamente interrelacionada con la estructura de los diversos capitales, las propiedades de las clases no son todas igualmente eficientes para cada caso. De aquí que sea necesario reconstruir «la configuración particular del sistema de las propiedades constitutivas de la clase construida»: «Es la lógica específica del campo, de lo que en él se encuentra en juego y de la especie de capital que se necesita para participar, lo que impone las propiedades mediante las cuales se establece la relación entre la clase y la práctica»⁵.

La evolución o «trayectoria» constituye la tercera dimensión que incide en la configuración del espacio social. Arranca de la premisa de que hay, en todo momento, dos tipos de capitales: el capital del que las clases, las fracciones de clase y, por ende, los individuos, parten: aquel que, producto de un determinado estado de las luchas de clases, conforma la situación que los individuos heredan bajo la doble forma de «capital objetivado» (bienes, títulos, etc.) o de «capital incorporado» (el *habitus*, entendido como «sistema de disposiciones estructurado»); y el capital de «llegada», es decir, aquel del que se dispone, en un determinado momento, teniendo en cuenta que la situación en la que se aplica es distinta de aquella en la que se adquirió. Bourdieu apunta aquí dos tipos de trayectorias distintas: las «colectivas» o trayectorias «de clases» (de fracciones de clases, de familia, etc.) que, como su nombre indica, afecta a todos los individuos sometidos a los mismos condicionantes; y las trayectorias individuales que recogen las opciones de los individuos (a tenor de sus *habitus* y en función de las posibilidades que les deja la configuración del campo en el que actúan). En ambos casos, la movilidad del espacio social descansa en «estrategias de reconversión» por las que se modifican bien el volumen, bien la estructura de los capitales, dando lugar a tipos de desplazamientos distintos, «verticales» o «transversales», según se muevan dentro del mismo campo o pasen a otro respectivamente.

Con la incorporación de la «trayectoria individual», Bourdieu introduce pues la dimensión subjetivista en el análisis objetivista. La reconciliación de ambos enfoques pasa fundamentalmente por el reconocimiento que el actor no es el ser libre de la ideología del liberalismo triunfante, y que, por más que ejerza su capacidad de «decisión», la conciencia que tiene de ello no agota el sentido de sus acciones. No obstante si la práctica social no es el *deus ex machina* que ciertos modelos objetivistas hacen de ella. *La distinción* ofrece varios ejemplos que ilustran el presupuesto según el cual no hace falta postular la acción homogenizadora de los actores (cuyos usos sociales serían el producto de su naturaleza común, de sus motivaciones, y de su capacidad de decidir) para hacer inteligible la identidad de la práctica o el ajuste entre la oferta y la demanda. Casos paradigmáticos son su estudio de la moda o de la relación entre la clientela de un periódico y su estilo y/o contenido temático. En ambos casos, y tras lo que se conceptualiza, en términos mercantiles de adecuación de la oferta y de la demanda, las disposiciones comunes entre el diseñador, el periodista, y su clientela, etc., son las que permiten que aquéllos anticipen la demanda de ésta.

En términos generales, se puede observar que, además de ofrecer los elementos para un análisis auténticamente estructural de las clases sociales y de su dinámica, el concepto de «trayectoria» junto a los de volumen y de estructura de los capitales, las implicaciones de las «estrategias de reconversión», etc., abocando a una «inestabilidad estructural», así como la